

WIMPI

LA RISA

 Editorial
Freeland

La Risa

INDICE

HISTORIA DE LA RISA	7
EL HOMBRE CIUDADANO DE DOS MUNDOS	31
LA RISA COMO EXPRESIÓN	41
SIGNIFICADO Y NECESIDAD DE LA RISA	55
LA RISA REMEDIO INFALIBLE	67

Significado y necesidad de la risa

Nunca pudo uno olvidar unos versitos de encantadora sencillez, al parecer muy humildes, que escuchó hace mucho, ya. Al tiempo de ofrecer un enamorado las flores recogidas en lo alto de la montaña, le decía a la mujer bien querida: "Yo las más altas quería /ya trepar las sierras fui /que si en las cumbres había / de las cumbres las traería /puesto eran para ti".

Al parecer muy humildes y, sin embargo, hay en eso una como exaltación heroica del propio yo, que es lo que le trasmite importancia a la ofrenda. Aun en la esfera del amor, -y amor consiste en la entrega más cándida y total- el yo prevalece significativamente sobre todo lo demás. Recuerden ustedes lo de "Yo he de traerte rendidos / diez corazones heridos / en el razón suspendidos / de mi caballo alazán". Siempre el yo, el personaje principal.

Cuando antiguo caballero había matado a veinte para dejarse libre el camino hacia los pies de su dama, al hincarse ante ella y decirle, como le decía "perdonad, señora, si fueron tan pocos", no conseguía, no con eso, disimular su fanfarronería; cualquiera habría adivinado que él, por dentro, pensaba "¡no te das cuenta que soy un fenómeno!". George Simmel, en un libro titulado "La intuición de la vida", que rezuma pensamiento y sentidos, va más lejos en la exposición de la experiencia de propiedad.

En vez de hablar de la propiedad de un mérito (propiedad que se concede para reafirmar su propio yo, el que alude a su hazaña) Simmel habla de la propiedad de una pelota. Y pone a un niño, como protagonista del ejemplo, porque en el niño no está enmascarada la estridente afirmación del yo. El niño es el dueño de la pelota y otro niño desconocido quiere recogerla del suelo para jugar con ella. El dueño de la pelota gritará entonces, sin disimulo alguno: "Esa pelota es mía".

Aparece el yo en su presencia global e inespecificable. Inespecificable, porque no podría decirse que el yo es la suma de un cuerpo, de unas manos, de unas piernas, de una cabellera, de unas vísceras. El yo es otra cosa total, ante el que tanto los psicólogos como los filósofos se han visto traicionados por el lenguaje cuando quisieron definirlo.

Pero lo importante es que el niño de la pelota no se aparta de la afirmación de su propio yo ni aún cuándo resuelve prestársela al otro: "Yo te presto esta pelota que es mía, pero sabe bien que soy yo quien te la presta, porque quiero, y que yo puedo quitártela en cualquier momento si me da la gana". Quiere uno evitar en lo posible las citas de los tratadistas del yo, desde Freud a Gabriel Marcel, para tratar de facilitar, también en lo posible, una noción que resulta absolutamente necesaria a esta altura del tema.

Hay que distinguir muy bien entre el "yo" y el "mi". "Mi" dolor de cabeza me duele a mí, pero no es el yo. Además, el "yo" no es una cosa como no es, tampoco, una cosa el tú. Se ha establecido una diferencia fundamental entre el yo, el tu y el eso. El tú, sólo llega a ser eso, cuando se transforma en objeto de observación. En cosa. Diríase que hasta en la conversación corriente surge esa

diferencia ya que cuando uno, al referirse a otro, dice "ése", hay siempre, en "ése", sino una intención por lo menos un inevitable tono despectivo. Porque el eso, es la cosa. Referirse a otro diciendo "ése", parecería que consistiera hasta en quitarle su condición de prójimo. El yo no es una suma de elementos, es una realización constante. Es una unidad mantenida, que asume el pasado y se sitúa frente al futuro. El yo es la mismidad.

Aquel filósofo místico alemán Enrique Eckart, llamado "el maestro Eckart" -una especie de Hegel católico- escribió algo una vez que puede ilustrar lo que uno acaba de decir. Eso de Eckart es así: "El que yo sea un hombre eso lo comparto con otro hombre. El que vea y oiga y el que coma y beba, es lo que por igual hacen todos los animales. Pero el que yo sea yo, es mío exclusivamente y me pertenece ya nadie más, a ningún otro hombre".

El hombre -su alma- así uno solo, irremplazable, único, se encuentra, empero, frente al eso, que son las cosas y frente al tú, que es el prójimo. Veamos primero la posición del hombre frente a las cosas. Cada una tiene su valor. La manera más sencilla en que puede definirse al valor, es decir que valor es la propiedad que tienen las cosas deseadas.

Las cosas no vienen hacia el hombre, es el hombre quien va hacia ellas. Y no se adapta a la ausencia de las cosas deseadas, de su vida. El modo de adaptación del animal a su mundo, permanece siempre inalterable, si el instinto del animal no es, en un momento dado, apto para ajustarse con éxito a los cambios del ambiente, la especie se extingue. El animal es una parte fija e invariable de su mundo: su alternativa es la de adaptarse o morir; El hombre surge en el mundo, en cambio, dotado de nuevas cualidades que lo diferencian fundamentalmente del animal: el hombre se advierte a sí mismo como una entidad separada, recuerda el pasado, vislumbra el futuro, con la imaginación llega más allá del alcance de sus sentidos.

El hombre es para Heidegger y para Jaspers un "poder ser", un impulso, un salto, un ser por delante de sí. Es a ese movimiento que los existencialistas le llaman la "trascendencia" del hombre. La conciencia de sí mismo, la razón y la imaginación, han roto la armonía con el ambiente que caracteriza la existencia animal. Bien dice Erich Fromm en su libro titulado "Ética y psicoanálisis" que esa conciencia de sí mismo, esa razón y esa imaginación, han hecho del hombre una anomalía, una extravagancia del universo.

Es parte de la naturaleza, sujeto a sus leyes físicas e incapaz de modificarlas y, sin embargo, trasciende al resto de la Naturaleza. Lanzado a este mundo en un lugar y tiempo accidentales, está obligado a salir de él también accidentalmente. Teniendo conciencia de sí mismo, se da cuenta de su impotencia y de sus limitaciones. Volviendo al citado libro de Fromm, ha recogido uno, de él, una observación interesante: lo mismo que hizo la bendición del hombre, lo mismo que lo hizo amo de la Creación con respecto a los demás animales, constituyó su maldición. Esto que vamos a repetir de Sartre, parece complicado; pero no lo es: el hombre, aunque todavía no sea lo que será, ya es, en el momento, más de lo que es. Porque la imaginación le

hace saltar sobre su límite y, antes de haberse realizado, ya encuentra otro límite más adelante.

Parece un juego de palabras esto otro que dice Sartre y, sin embargo, si piensan ustedes un poco, lo encontrarán oscuro, sí, pero transparente, como un negro envuelto en celofán: el hombre es el ser que no es lo que es y es lo que no es. Ahora veamos en qué forma se ve enfrentado con las cosas. Uno cree, que los hombres no están en desacuerdo entre ellos porque quieren cosas distintas sino precisamente, porque quieren las mismas: o el mismo cargo o la misma butaca o el mismo petróleo o la misma mujer. Habría que insistir un poco acá en las diferencias que hay entre el aspirar y el querer.

Entre el anhelar y el desear. Las cosas tienen una categoría, la diferencia de categorías de las cosas son los valores: el hombre se sitúa frente a esos valores. Y escoge. Y bien, cuando la gana se formaliza en actitud, el hombre quiere; cuando el anhelo se diluye en sueño, el hombre aspira. Hace notar Beck -y no tiene uno más remedio que volver a alguien con más autoridad para reafirmar lo que dice- que aun el gesto exterior del que quiere -la tensión, el vigor, la rapidez de los movimientos- contrasta con el exterior del que sólo aspira, del que sólo anhela: el que quiere tiene poder sobre sí mismo, el que sólo anhela se deja ir. Además, el querer no puede sino dirigirse a algo posible; pero puede anhelarse algo imposible, utópico, fantástico.

El yo que aspira, se anticipa vagamente la posesión de lo aspirado en el aspirar mismo; el yo que quiere buscar lo que quiere y lo agarra con fuerza. El hombre que quiere, para emplear el lenguaje más corriente, "va derecho viejo", el hombre que aspira, es aquel del que se dice que "no sabe lo que quiere". Y bien: debemos reconocer que siempre ha sido mayor en el mundo el número de los que no saben lo que quieren, que el de los que pudieron conseguir lo que querían.

Los que habían querido una cosa y no pudieron obtenerla porque les fue arrebatada, transforman el querer preciso, en un vago aspirar; pero sin duda alguno, quedan resentidos. Los que obtuvieron la cosa, por lo general deben engañarse a sí mismos, simular ante los demás y enmascararse para comparecer ante la propia conciencia, es el deguismán, el disfraz de que habla Adler. Y también quedan resentidos. En ambos casos hay una represión violenta. Dice Scheler que el resentimiento es un "re sentir".

Un volver a sentir. Quizás la palabra "rencor" fuese la más apropiada para indicar el elemento fundamental de este movimiento de hostilidad que es el resentimiento. El resentimiento es una autointoxicación psíquica; es una actitud permanente que surge al ser reprimidas sistemáticamente las descargas de ciertas emociones las cuales son en sí normales y pertenecen al estilo, al fondo de la naturaleza humana. Pero el hombre reprime la descarga de esas emociones que suscitan en él la lucha con las cosas, y la lucha con el prójimo por las cosas, por seguridad personal como se dijo con anterioridad. Además, se ha visto que el hombre es, de entre todos los animales, el de más difícil adaptación, el menos conformable. Quiere una cosa y quiere, al mismo tiempo, que sea esa y no otra.

Cuando fracasa en la demanda, se indigna y reprime su emoción. Así sé va formalizando aquella actitud de resentimiento. (Ya dijo uno, que cuando cita a los sabios no es de ninguna manera, por la pobre vanidad de hacer ver que los ha leído, los cita antes bien para no pasar por demasiado modesto atribuyéndose, uno, lo que ellos dijeron). Y bien: viene a quedar confirmada la teoría de que la risa tiene su origen en el resentimiento -en la descarga del resentimiento ante la degradación de un valor- viene a quedar eso confirmado en uno de los pocos descubrimientos que se han hecho sobre el origen de los juicios morales de valor, y que es el de Federico Nietzsche cuando dice, en "Genealogía de la Moral", que el resentimiento es una fuente de tales juicios de valor.

Y la risa, como se ha dicho en el segundo capítulo, es un juicio de valor negativo. Es un juicio de valor negativo: porque es la sanción, diremos así, de una desvalorización. Algo que pudo uno, observar personalmente es que los estallidos de furor no llegan a neutralizar el resentimiento moral del tipo. Siempre queda la raíz del resentimiento intacta, de la que vuelve a nacer la actitud psíquica permanente a la que antes nos habíamos referido; Ortega y Gasset habló una vez de la funcionalidad simbólica. Es esa actitud de descargar en una cosa el estrilo que ha producido otra.

Al hombre lo atropellan por la calle, le hacen caer el portafolio y cuando el otro le pide los famosos mil perdones, el hombre responde con el también famoso "no es nada". Pero cuando llega a la casa le da un puntapié al perro, que fue a recibirlo, contesta mal al saludo de la familia, come sin hablar, protesta por la comida y, todavía, al día siguiente en el baño mientras se afeita palabrotea solo, mirándose al espejo, contra el que lo había atropellado. Pero eso no es suficiente para curar al tipo del resentimiento.

Son muchas las cosas que debe callar un día tras otro; el hábito no consigue sino muy por fuera avezar al hombre en su lucha contra la permanente hostilidad del medio. En lo hondo queda el resabio de lo que se padece y de lo que se aguanta. Habíamos dicho antes que correspondían, asimismo, dos palabras -luego de estas sobre el hombre ante las cosas- referentes al hombre frente a su prójimo. Cree uno que a pesar de haber sido prolijamente estudiado lo que Heidegger llama en alemán mit sein, coexistencia o "ser con otros", no se dijo nada aún de la mirada del otro, como productora de resentimiento.

La mirada no es "una cosa" como todo lo demás que se le ve al tipo. La mirada es la aparición del espíritu bajo una forma concreta. Es la mirada del otro lo que determina, casi exclusivamente, las reacciones del tipo. Aquel que habló del impudor de los cadáveres quiso señalar la indiferencia de un cuerpo, en cuanto cuerpo, a la presencia de la mirada.

Hace notar Vicente Fatone, en un libro sobre existencialismo y libertad creadora, que incluso la imaginada mirada de un retrato o ante el recuerdo de una mirada, hacen nacer en el tipo el pudor. Hay una coplita de Manuel Machado que dice: "El ojo que ves no es -ojo porque tú lo miras- es ojo porque te ve". Pero todos, yo y el otro, podemos decir lo mismo. De manera qué lo

principal es la mirada. La mirada del otro desnuda y esclavizada, sorprende y descubre. La mirada del otro consigue tomar un punto de vista sobre el tipo, cosa que el tipo no puede hacer consigo mismo. Se le ocurre a uno ahora que ya los primitivos presentían algo de esto que ahora se analiza con tanto apasionamiento por parte de también tantos investigadores, porque creían que la mirada del otro dañaba. Antes de la superstición del mal de ojo, ya se admitía que la mirada podía comer una presencia.

De ahí que estuviera prohibido mirar a ciertos jefes del clan. La mirada del otro convierte al tipo en objeto, por eso es que a nadie le gusta ser mirado por el otro. Más bien ser "observado" por el otro. El que sólo miraba -si es que alguien miraba sólo mira sin observar en absoluto- está situado como un Adán, ingenuamente, inocentemente ante los demás. Pero el que observa hiere. El que observa se apodera del observado, cuando el observado advierte que le observan.

Pero no puede protestar, no puede entablar querrela alguna porque a su vez, él, sólo en la mirada del otro encuentra al otro. Y en el otro, observado, se despiertan, allá en el fondo último, las mismas reacciones que en el tipo, reacciones que son reprimidas y que acumulan más resentimiento aun. Y lo interesante --lo interesante y lo tremendo- es que necesitamos de la mirada del otro para ser realmente nosotros. La mirada en el espejo, sólo revela un rostro en el que, si aflorara a nuestra conciencia lo que revuelve esa visión en el alma, sería un rostro en el que cada día nos reconoceríamos menos. El espejo es una ventana a la que el tipo se asoma para verse como querría ser, que es como nunca les parece a los demás.

La mirada del otro domina nuestra libertad, nos quita algo, nos desvaloriza. Cuando el otro lo mira, el tipo se compone, camina de otra manera, hace otros gestos. Y aquellos que se precian de cumplir con el viejo refrán de que hay que ser caballeros cuando nos miran y cuando no nos miran, es porque imaginan, estando solos, que podrían ser mirados. El poder de la mirada sobre el otro, para ir terminando, surge de lo que decía, en cierta ocasión, un hombre muy propenso a apocarse y avergonzarse ante los demás: Decía, "cuando una persona me inspira demasiado respeto, me la imagino sin ropa ninguna, con sombrero Panamá y buscando dos reales debajo del ropero. Le perdía el respeto en seguida".

Hasta aquí cuanto ha podido decir uno, más o menos prudentemente, sobre las causas del resentimiento. En el próximo capítulo, que es el último, aclararemos, en una síntesis general de los temas que se han desarrollado, el supuesto de que el resentimiento es una fuente de juicios de valor moral. Sólo cuando los hombres no necesitaran reír, como vinieron necesitándolo imperiosamente hasta ahora sobre la tierra, podríamos decir, con razones de peso, que los hombres viven contentos en el mundo.

El hombre, ciudadano de dos mundos

Lo que se trata de demostrar en estos capítulos es que en la esencia de lo cómico figura como elemento determinante —y precipitante— la degradación de valores. Resulta cómico decir que eran un novio y una novia tan gordos que debieron casarlos entre dos curas. Resulta cómico decir, al contrario, que el tipo era tan flaco que cuando subía a la balanza, la balanza marcaba para atrás.

El tipo pesaba dieciocho kilos bajo cero. La gente ha reído oyendo mencionar el caso de aquél que tenía la voz tan gruesa que si no hablaba con la boca abierta la voz no le salía. O de aquel tan alto que tenía una nube en un ojo; hermano de otro, también tan alto, qué lo llamaban "chupatecho". En todo esto se advierte la desvalorización estética del sujeto. En el próximo capítulo, donde se habla de la diferencia que hay entre la risa y el juego, hemos de ver cómo en el juego, como medio de competición, el tipo tiene el orgullo de sentirse superior al otro cuando gana, en cambio el desahogo que produce lo cómico está determinado por el sentir inferior al otro.

Hemos de ver, asimismo, cómo en el juego el tipo demuestra cierta predisposición a lo heroico (el juego es un sucedáneo de la aventura, el tipo que juega se compensa, jugando, de su incapacidad para descubrir otros continentes—que a lo mejor hay sin que se sepa- o de ir a cazar leones a África —que ya no hay porque todos los leones están presupuestados).

En cambio la risa es una especie de venganza. El tipo ríe cuando siente, con respecto a si mismo, la inferioridad de aquello que, por inferior, le produce una sensación placentera. Cuando hablamos de la risa como gesto, como expresión simbólica hemos de ver también, por qué el reír consiste en mostrar los dientes.

La malignidad que hay en el fondo de toda risa, ya fue aludida por Platón en el "Philebo", uno de los últimos diálogos escritos por el filósofo de la Academia y en el que, como lo hace notar Víctor Brachard, en su exhaustivo estudio sobre Sócrates y Platón el sabio de "La República" consiguió superarse a si mismo. ¿Por qué hay malignidad en lo que podríamos llamar la entraña de la risa?

Porque justamente el tipo ríe, como quedó dicho antes, de aquello que considera inferior. De aquello cuyo valor ve degradado. Los filósofos alemanes del siglo XVIII en vez de referir las causas de la risa —o mejor dicho la estructura de lo cómico— a una degradación de valores, hablaron del "contraste lógico". Pero hablaron del contraste lógico en sí, sin advertir que hay en él, lo mismo que en la desvalorización estética o moral, una caricatura de la mentalidad de quien incurre, por vía de un razonamiento defectuoso, en ese contraste.

Si en vez de hablar de gordos o de flacos, de pelados o de porrudos, decimos, por ejemplo, que había una vez un ómnibus tan pesado que pisó un caballo y dejó una sota, se obtiene el efecto cómico por una alteración de la lógica tradicional. De la misma manera que si se dice que el trolley es el único echado

para atrás que lleva la corriente o que era un barco tan viejo que los ojos de buey usaban lentes, o que era una señora tan distraída que batió la mayonesa con un tenedor de libros, o que el lagarto es un animal que tiene que hacer cola para llegar a sí mismo.

Mediante el efecto cómico de lo expuesto, se advierte que la teoría de que lo cómico proviene de una degradación de valores, ya apuntada por Aristóteles en su "Poética", no queda anulada, sino confirmada por las teorías de Schopenhauer en el sentido de que lo cómico resulta de la incongruencia,— expuesta en su obra "El Mundo como voluntad y representación", de Lilly que dice que lo cómico es una negación irracional que despierta en la mente una afirmación racional, expuesta en su obra "Teoría del ludibrio", de Melinaud que considera cómicas a ciertas formas de lo insólito, de Penjon que dice que es cómico lo que escapa a toda ley, de Bergson que sostiene que lo cómico surge de la presencia parasitaria de lo mecánico en lo viviente, o sea del automatismo instalado en la vida. Sería tremendo citar uno por uno a quienes ensayaron la definición de lo cómico.

Ruega uno que se tenga confianza en la declaración de que todos los tratadistas de lo cómico, digan como digan sus cosas, conviene, en el fondo, en que lo cómico surge de una degradación de valores. Y esto es fundamental para ensayar la explicación, como primera etapa hacia su comprensión, del fenómeno de la risa.

Apelando, de nuevo, a las observaciones personales, puede asegurar uno, que ha visto reír a la gente de referencias como éstas: las chicas llenitas rompen los ojos, porque las miradas patinan en sus curvas y caen a la cuneta; tenía unos ojos tan dulces que las niñas eran diabéticas; el andamio es un piso que sirve para caminar por la pared; la nata es el pellejo de la leche; una vez había un señor al que le gustaba el salchichón tan fresco que se lo hacía cortar con el ventilador; los trajes colgados en el ropero parecen personas huecas que estuvieran haciendo cola; cuando la vaca se enoja con el toro le da un bife; la banana no tiene carozo, porque todos los que le probaron le quedaban cortos; cuando los tacos están gastados, las carambolas salen chuecas; la torre de Pisa está inclinada porque abajo se le zafó una porción; y después estaba el caso de aquel muchacho tan mamón que al final tomaba el pecho con croisanes y mermelada; y el de aquel señor, que sufría de reumatismo y tenía una señora tan celosa que una vez en que él, estando en un picnic se le ocurrió ir a nadar un rato, ella le hizo una escena espantosa cuando lo vio salir con Dolores del Río. Y hubo otro al que lo llamaban El Tero porque la mujer era latera y otro al que le llamaban "El pucho", porque la mujer lo había fumado.

Hay una degradación de valores mentales en los razonamientos de los primeros ejemplos y una degradación de lo moral conyugal en el último de ellos. Sólo después de aceptar que lo que suscita la risa es la desvalorización del prójimo, puede estarse en condiciones de pretender una comprensión más o menos completa de la risa. Y es a esta altura que el tema empieza a responder a su título: el hombre, ciudadano de dos mundos. El de dentro y el de fuera. El mundo de dentro donde alienta el ideal de un yo que nunca se alcanza; el mundo de fuera hacia el que el tipo tiende sus manos anhelantes y

casi siempre las recoge vacías... El tipo, a veces sin confesárselo, se afana en buscar su verdad. Pero causa la misma impresión que si buscara un gato negro en un cuarto oscuro donde el gato no estuviera.

No tiene uno el propósito, por consideración personal para con los lectores, de buscar hasta lo más hondo del espíritu del tipo a fin de desentrañar las razones de su comportamiento. De manera que para que el asunto resulte menos tupido, dirá, uno así, en vez de abocarse a la observación del tipo desde el punto de vista de la psicología abismal—psicoanálisis de Freud, psicología del individuo de Adler, tipos psicológicos de Jung— lo hará desde el punto de vista del llamado "behaviorims" de Weston. Objetivismo. Psicología de la conducta exterior.

El tipo, desde las épocas más primitivas, fue un reprimido. Siempre se impuso un límite a sí mismo. Antes de que existiera la policía y el matrimonio, el tipo tuvo un freno, por ejemplo, en el tabú. Parecería que le temiera el tipo a la libertad, parecería que en mismo se trazara ese límite en torno para no desparramarse; muchas veces uno ha pensado que ese límite es el resultado de cierta actividad del instinto de conservación.

Las tres teorías más importantes sobre el impulso vital son por lo que no se ha informado, la de Freud que dice que el elan vital es la libido, o sea el instinto de reproducción, la de Adel, que dice que la protoenergía es el afán de prestigio y de poder y la del profesor Austregesillo que dice que aquel clan vital, el estímulo supremo en el hombre, es la fames o el instinto de nutrición. Según Austregesillo si al tipo le dan a elegir entre un Ministerio del Interior, Silvana Pampanini y una milanesa con papas, el tipo elige, primero, la milanesa con papas. Es triste pero es científico.

Sin embargo, habrá podido entenderse que tanto el instinto sexual, que tiende a la reproducción, como el afán de prestigio, que tiende al poder sobre los demás, como el instinto de nutrición, son formas del instinto de conservación. Y ese instinto de conservación es lo que ha mantenido frenado al hombre desde las primeras épocas. La recia naturaleza de aquel mundo flamante despertó una serie de temores en el hombre feral, en el auténtico tarzán. Y ese hombre se protegió (de fuerzas que creía desatadas para dañarle), con el miedo.

No hay cosa más segura que el miedo. Y es el miedo, justamente, lo que aveza a los mecanismos inhibitorios para que el tipo quede quieto, para que no haga lo que le gustaría hacer si no considera que, el hacerlo, resultaría peligroso. Maximiliano Beck, en su Psicología —la psicología fenomenológica de Beck es una de las obras más importantes e inquietantes que se han publicado sobre el tema en estos últimos tiempos— distingue dos formas de apetencia en el tipo.

Más bien dicho, dos actitudes frente al mundo que le rodea: el aspirar y el querer. El aspirar es la tendencia del tipo hacia las cosas. Podríamos decir que el tipo aspira a las cosas que se hacen querer. Los alemanes, en su intensa terminología, tienen una palabra sin traducción exacta al castellano, y que se emplea mucho en la teoría de la necesidad incorporada a la Psicología de la Forma. Esa palabra es aufforderungscharakter. Aufforderungscharakter es el

llamado, la atracción, la exigencia, la sollicitación de las cosas. El tipo las desea y ellas se hacen desear; pero la mayoría de las veces —ya se trate de la mujer del vecino, ya se trate de darle con un fierro al que se le subió al tipo sobre el pie en la plataforma— se renuncia a la satisfacción del deseo. Vale decir, el tipo se reprime. La represión es la seguridad. El tipo se reprime obligado por su instinto de conservación.

Resulta mucho más seguro resignarse a no tirarse el lance con la señora X y decir "no es nada" cuando el pisador pide disculpas, que exponerse a la reacción del esposo de la señora o al contragolpe del mal pasajero. Pero esas inhibiciones van acumulando agresividad en el interior del tipo. Y esa agresividad busca cada tanto una válvula de escape. Y la válvula de escape menos comprometedora es la risa. El inglés Herbert Spencer ya había sostenido que la risa era una descarga de energía psíquica contenida; es extraño, sin embargo, que de él hasta Freud —que en su obra "El chiste y su relación con lo inconsciente" dice "no sabemos, realmente, por qué reímos"—, es extraño que nadie, en lo que va de uno a otro de los sabios citados ninguno haya ahondado en la índole de esa energía sobrante que se descarga mediante la risa.

Para la no autorizada, pero de todos modos optimista, opinión de uno, la de tal energía proviene de la agresividad que el tipo contiene. El tipo es un frenado: primero soporta la autoridad de los padres, luego la de los maestros, y, sucesivamente la del gerente, la del policía, la de la mujer, de la enfermera. De ahí que Platón, en su citado diálogo "Philebo" —y, aun, en el Cratilo (tan pocos conocidos ambos incluso por quienes se ufanan de haber leído a Platón)— hubiera intuido que hay malignidad en la entraña de la risa. Malignidad porque la risa es en cierto modo, una venganza del hombre contra el mundo al que no puede colonizar en sus deseos por los obstáculos que a eso se oponen.

La risa, desde el punto de vista axiólogo, —desde el punto de vista de la teoría de los valores— es un juicio de valor negativo.

La capacidad de enojarse en el animal es la más vieja. En un libro muy completo de Paul Thomas Young titulado "La emoción en el hombre y en el animal" cita el caso de animales—perros y monos— que, desprovistos de su corteza cerebral, o sea de la parte del cerebro de más reciente adquisición en el ciclo evolutivo, lo mismo tenían reacciones iracundas. Si tuviera uno, tiempo de hablar sobre la psicología de la ira veríamos que es más interesante aún que la de la alegría.

El ya aludido tratadista —Young— cita, por ejemplo, el caso de una tortuga que nació con dos cabezas. Dos cabezas y un solo cuerpo. Y se obtuvo de ella una fotografía en el momento en que las dos cabezas peleaban a mordiscones por un trozo de alimento que, al fin y al cabo, lo comiera la cabeza que lo comiera, iba a ir a dar al mismo estómago.

La ira —el gigante rojo, llamado así por Emilio Mira y López en su libro "Cuatro gigantes del alma"— es un impulso tremendo que pocas veces llega a formalizar el tipo en la actitud que lo descargue. Por seguridad —a veces por

pereza, otras por comodidad—, pero por seguridad casi siempre, el tipo se contiene. Se reprime. Se frena.

Si—como lo reconoce Max Scheler en una obra magistral que se titula "El resentimiento en la moral"— es así que hay en el fondo de todo ser humano un inconfesado, pero activo, resentimiento contra el mundo. Una agresividad sujeta por fuerzas inhibitorias que el tipo utiliza interiormente para no arrostrar los peligros que supone que le acarrearía su desborde. De manera que cuando otro patina en la cáscara de banana o, por ser extranjero, habla mal el idioma o, por casado, la mujer lo engaña o, siendo soltero, está por casarse, el tipo, al ver degradado un valor —el valor estético del que tropieza y cae, el valor estético del idioma, el valor moral del matrimonio, el valor de la libertad que el soltero está a punto de perder—el tipo ríe porque su impulso agresivo se ve satisfecho simbólicamente con el daño del prójimo.

Ya hemos de ver en uno de los próximos capítulos, cuando hablemos de la risa y el llanto o de la diferencia que hay entre lo cómico y lo trágico por qué, pese a ser una desvalorización de la salud, no hace reír un enfermo; y por qué hace reír la degradación de un valor, pero no la pérdida de un valor. Por ejemplo, si el que patina en la cáscara, Dios libre y guarde, en vez de caer sentado, se desnuda y muere, quien lo ve no ríe, porque ahí no se ha degradado sino que se ha perdido un valor. Y el tipo siente la posibilidad de eso para él, se proyecta en el otro. Lo compadece. Compadecer, es padecer con el otro...

Es una verdadera pena que el tipo ocupado en sacar cuentas, en contar los vueltos y en discutir el fútbol, viva dándose la espalda a sí mismo, y ande siempre para adelante —que es como andan, también, los caballos— en vez de ahondar un poco en su tremenda y maravillosa realidad. Diríase que apenas le ha llegado un puñadito de la luz que salió de Dios hace un millón de años para que le encendiera de estrellas la tiniebla de sus cielos.